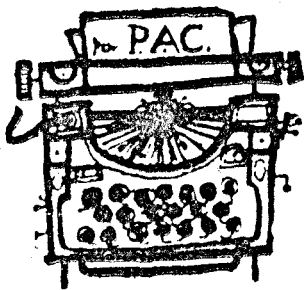


Ana de los mil días



Nicaragua se distinguía en Centroamérica por su indocilidad. Gobiernos fuertes, dictaduras, tiranías, incluso un poder esclavista y extranjero, nunca sometieron plenamente a los nicaragüenses. Tuvimos fama de rebeldes, de díscolos, no de serviles. Sobre la permanente tentación de agacharnos pudo más siempre el "yo" de pie y su real gana. Nunca el pueblo llegó a perger —en su pobreza— una viva conciencia igualitaria. Hemos pecado por igualados, no por sometidos. En la misma lengua, el "vos" y el voceo llevó en Nicaragua al extremo la democratización del trato. Pero es que siempre existió una reserva de capital humano, en todas nuestras clases sociales, que daba ejemplo y encabezaba la dignidad. Ya desde nuestros indios —en tiempos de Pedrarias— "no dormían con sus mujeres porque no pariesen esclavos de españoles", cuenta Gómara. A veces anonada nuestra historia en capítulos de caos: voluntades y ambiciones que chocan, luchas interminables donde se ponen al desnudo las más tristes cegueras y los más infranqueables egoísmos, pero siempre hay antagonismo; no sumisión. Incluso cuando surgen figuras prepotentes y dominantes, fuerzas avasalladoras cultivadoras de servilismo, nunca ha faltado el líder del "NO", el partido, el grupo o el movimiento que levanta y cataliza una fuerza opositora que equilibra la balanza y no permite que el país se sumerja en la degradante sumisión. ¡Pueblo de pares!

Pueblo de voz alta. Pueblo que no ha sabido callar su opinión. Pueblo donde las tiranías han tenido que encarcelar el grito, porque el grito es la última arma —la espada fina y desnuda de la voz— contra la opresión.

PERO hoy se está apagando hasta el grito. Van disminuyendo vertiginosamente los que se atreven al "no". Los ejemplares de la dignidad. Los que ponen su libertad y su crítica en el otro platillo para que la balanza de la historia nicaragüense no se incline pesada y vergonzosamente al total sometimiento. Cada día es menor el peso de esa vieja virtud altanera y voceadora del pueblo nicaragüense. ¿Dónde están los viejos pares? Caudillos, dirigentes, ricos, magistrados, rectores, los "pudientes" del "no", los que se plantaban con poder frente al Poder dando margen a que se restableciera la esencial, la heredada, la rebelde libertad del hombre nicaragüense; los defensores del "vos" contra el "excelentísimo" ¿qué se hicieron?

No añoro el pasado, pero anoto lo que marca la balanza: La dignidad va perdiendo peso. Las fuerzas vivas van convirtiéndose en debilidades muertas. Y el "sí" servil va pasando por todo. Va inclinando el platillo del sometimiento y de la incondicionalidad aunque en el otro platillo se acumule lo nefando.

¿Cuáles son las causas de esta crisis? ¿Por qué se siente, se palpa esa soledad o vacío alrededor de los pocos que aún tienen garbo para ejercer la crítica, para resistir al soborno, para anteponer lo correcto al interés, la dignidad al privilegio?

¿Por qué escasean —como nunca— los líderes? Eso que los indios llamaron "ñeque": el valor de las convicciones, el valor moral, la autoridad que emana del que actúa conforme sus principios ¿por qué se filtra y se pierde en las personalidades nicaragüenses? ¿A dónde nos puede llevar esta falta de valores humanos, esta crisis de dirigentes que incluso está haciendo cambiar el carácter del nicaragüense de altanero, de igualado, a sometido y sumiso?

En estos días —como oportuna lección histórica— se ha estado proyectando una película. Es un relato novelado pero auténtico de los tiempos del rey de Inglaterra Enrique VIII. "Ana de los mil días". Y lo que invita a la reflexión no es propiamente la historia de amor y de patíbulo de Ana Bolena sino la situación y la conducta de los hombres que rodeaban al rey y que hicieron posible esa historia y la acelerada conversión de un gobernante en monstruo.

Enrique VIII comenzó su reino como un buen rey. Fue el poder absoluto, que por sí mismo corrompe, y fueron sus consejeros los que, alentando su primer capricho —diciendo sí cuando debían decir no— le hicieron dar el primer paso torcido, tras del cual vino el segundo, y el tercero en una cadena sin término y en una escala ascendente de arbitrariedad, opresión y crueldad. Esta escala, esta dialéctica típica en la historia de las tiranías (que tan fácilmente se olvida) es lo que nos viene a recordar Ana con sus mil días de horror. Nos recordó que la concesión al mal nunca se queda estática sino que engendra un nuevo mal que a su vez exige nueva sujeción en un proceso progresivo que por un lado va haciendo crecer el daño y por el otro va disminuyendo la resistencia en una paradoja que lleva inevitablemente al crimen.

El Cardenal Arzobispo de York, el más íntimo y alto consejero del Rey fue quien le

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

servió de bandeja de alcahuetería y con viscosos argumentos pseudo-teológicos su primer adulterio. ¿Por qué? Por ambición de poder. Por apartar a una reina —Catalina— que le hacía sombra como favorito del Monarca. Ana Bolena es el fruto del primer "sí" servil a lo vedado. Pero el Cardenal, que cree lograr con eso mayor poder, lo que logra es aumentar el poder del rey que luego se vuelve contra él y lo aplasta. Y el Secretario Cromwell, a quien estorba la segunda reina, como estorbaba al Cardenal la primera, intriga y lucha hasta que lleva a Ana Bolena al patíbulo. Pero con esa muerte también se engaña: quien adquiere mayor poder no es él, sino el Rey y luego el Rey se vuelve contra él y lo envía al patíbulo. Etcétera.

Lo importante de esta lección histórica es la escala: quien cede al mal en lo pequeño acaba cediéndole en lo grande, porque la sumisión ante el mal y ante la injusticia hace crecer el mal y la injusticia y disminuye al hombre en su capacidad de resistencia.

¿No seremos en Nicaragua todos, o casi todos, culpables de haber puesto el pie en una escala de "sí" sumisos o cobardes que ya no nos deja escapar en el descenso?

¿Hacia dónde vamos cada vez menos capaces de decir "vos" —como pares— a la prepotencia y de decir "no" —como dignos— a la arbitrariedad?

Cambiando Constituciones, como cambiaba Enrique reinas —no estaremos escribiendo ya la historia de los mil días de Ana?

PABLO ANTONIO CUADRA